

## La Noche del Mundo



En la historia de Occidente, el año mil es una marca significativa rodeada de terrores diversos y de azotes contra la humanidad. La creencia progresiva en el fin del mundo, certeza que aparece en casi todos los pueblos antiguos, se plasma característicamente en la conocida doctrina del milenarismo.

En su matriz cristiana, apoyada predominantemente por el Apocalipsis de san Juan, se refiere que, durante un período de mil años, un día en el tiempo de Dios, Cristo gobernará el mundo y fundará su reino en la tierra. Con ello, se encumbrará su retorno, la última batalla contra el mal y el inicio del juicio de los vivos y los muertos, el Juicio Final.

La Noche del Mundo, medieval, fue anunciada con presagios funestos, calamidades y sufrimientos. Se dieron guerras, revueltas, sismos y eclipses solares. En el año mil, por ejemplo, apareció al filo de una noche un aterrador meteoro que permaneció en el firmamento por tres meses. Otro más, por cierto, se mostraría en el año 1022. Así, una gran cantidad de eventos adversos, como la hambruna de 1033, expresaría el tono de esta creencia que incluso se prolongaría más allá de la primera Cruzada cristiana.

Independientemente de las discusiones, viejas y nuevas, sobre tal doctrina, el mundo no se terminó alrededor del año mil y la humanidad sobrevivió. Después de aquellos años postreros, el milenarismo se disipó y resurgió intermitentemente a lo largo de todo el segundo milenio de nuestra era, alimentando sin parar imaginéras tan diversas como extravagantes respecto del fin de los tiempos.

Justo antes del cumplimiento del año dos mil, ya en nuestras fechas, comenzaron a intensificarse en todo el mundo nuevos signos escatológicos. El más significativo fue, sin duda, el célebre Y2K: el cambio de cuatro dígitos en sistemas informáticos, de 1999 a 2000, cuando éstos sólo soportaban dos. Este *bug* causaría, en su momento, un caos tanto en cuestiones obvias, como las económicas, como igualmente en términos militares: una guerra mundial provocada por las computadoras.

Otro célebre presagio fue el que refería que el 21 de diciembre de 2012, el día del solsticio de diciembre, el día del cierre del ciclo 13 baktún del Calendario Maya de Cuenta Larga, el mundo terminaría.

Mención especial lo tiene *Apophis* (99942), el asteroide que ostenta la clasificación más alta en la Escala de Turín, que calcula el peligro de impacto con la tierra. *Apophis* "El Destructor", descubierto en el 2004, podría impactar trágicamente nuestro planeta en el 2029 o en el 2036, con probabilidades de 1 en un millón

(esto último no sé cómo tomarlo).

Y qué decir de la aparición de virus y pandemias, como la del VIH, identificado desde 1981, con un pico de contagios de 3.5 millones en 1996; o la epidemia de ébola de 2014 a 2016, en la cual la OMS declaró emergencia de salud pública de importancia internacional; o, ¡sí!, la enfermedad COVID-19, provocada por el virus SARS-COV2 y que mantiene al mundo entero, en este 2020, en cuarentena sanitaria.

Es posible hacer un recuento de terremotos, tsunamis, incendios, cambios climáticos, intervenciones militares, accidentes nucleares o males por contaminación que presagiarían el fin del mundo como hace mil años. Pero casi seguro no será ésta la ocasión para que la humanidad desaparezca. Quizá es, sin más, una invitación equivalente a aquella que se hizo en el Concilio de Trosly, del año 909, sugiriendo a los obispos estar preparados para dar cuenta de sus actos ante la inminente llegada del *soberano juez*, como lo narra el historiador francés Henri Focillon.

Es decir, este milenarismo religioso, con su extensión secular, se emparejaría con la idea de resurrección gloriosa; con la idea de renovación de aquello que llamamos humano; con la idea de transformación respecto de nuestro presente ominoso.

Nos queda a todos nosotros, entonces, simplemente actuar y transmutar este mundo, de modo apocalíptico, para que un día éste se acabe y, al mismo tiempo, no se acabe.

**Categoría:** Tiraditos

